

# Luto en la Familia

*Mariano Picón Salas*

Un triunfo, a la venezolana, con muchos inmuebles y mucho dinero y gentes en quienes infundía pavor y respeto, era el inventario aparente de su experiencia. Cuando su mujer, “de las primeras familias de Caracas”, se esforzó en refinarlo y hacerlo brillar en al sociedad, solía mantener su máscara de aspereza para no confesar que ya le habían limado las garras.

Allí estaba en su hipócrita marco de plata, con las galas del último vestido, el retrato de la mujer difunta; y todavía le parecía querellarse con ella. No se congelaba su rencor o su frustración. La ridiculez genealógica de Amelia erigió un escudo en el dintel de la casa y lo pintó asimismo sobre pergamino de rojos y gules en un cuadro del escritorio, como si odas las torres y animales rampantes de la hinchada familia Ribeiro de Melo, debieran protegerla. Y vistió de panoplias y armaduras compradas a los anticuarios europeos, vestibulos y salones, y le condujo a más risible peregrinación a cierto poblacho de Galicia entre cuyos paredones ahumados y musgosos de humedad, estuvieron buscando el castillo de los quintos abuelos! Tantos Ribeiros y tantos Melos salieron de España en tan crujientes galeones, mascando galleta agusanada, a la aventura de América! Pero como él no podía contar tan linajudos cuentos, le placía incomodarla con la bonita fábula —desenfadada y bonita como un cuento de Bocaccio— de los calzoncillos de su padre.

—Soy hijo de los calzoncillos más traviosos y curtidos que hubo en la cordillera andina en las últimas décadas del siglo pasado. ¡Es como ser hijo del viento fecundador! Y si ahora viajo por esos pueblos montañoses —de que me alejaron los aristócratas de Caracas— no haría sino reconocer una muchedumbre de hermanos o sobrinos naturales. Mi padre hinchó vientres para todas las humildes profesiones de la provincia en aquellos años: de él salieron albañiles, sacristanes, peones, carpinteros. Fui uno de los pocos que se libraron del anonimato de la familia. Crecíamos todos en el guarapo y la buena mazamorra montañesa, y cuando las personas mayores preguntaban por mi apellido, argumentaban como una moraleja: —¡Ah tú eres una de las tataras travesuras de don Pancho Ocáriz!

—Juan Manuel, tú siempre chabacano— le decía ella como tapándose las narices con un pañuelito de encajes.

—Y tú, tan cabeza loca, pesa menos y es menos bonita que los sesos de los canarios.

—¿Para qué te casaste conmigo, entonces?

—Tú dirás que para ennoblecerme.

Y en un viaje a España, después de consultar a un genealogista de los Reales Archivos, Amelia le anunció que también el apellido Ocáriz tenía pasado heráldico. Y por pocos millares de devaluadas pesetas, el experto reconstituiría el escudo con sus lobos de sinople en campo de plata, águilas de gules y dos barras de oro. Todo envuelto en el lambrequin que ciñe la medieval celada.

—Me gusta lo de las barras de oro que se las di a tu arruinada familia y el símbolo de los lobos, ya que todos lo hemos sido en las aventuras y desdichas de Venezuela. Pero deberán pintarse, también, allí como nuestro aporte al viejo tronco español, los calzoncillos de mi padre.

—Disculpe a Juan Manuel que siempre quiere presentarse más vulgar de lo que es— dijo ella al genealogista que había acudido al Hotel madrileño a ver si lograba rebrunir el escudo de aquellos indios.

Y éste que veía en peligro su pequeño negocio, tuvo que acallar la erudita lección sobre lampasados y lambeles, escaques, esmaltes, chevrones y dragantes.

Todo mohino insistió al despedirse, aferrándose a su última coyuntura:

—No me negará el señor, a pesar de ser tan democrático, que el apellido Ocáriz es de infanzones. Y los infanzones según el derecho medieval español estaban exentos de pagar pechos y obligación de caballada y hueste.

## Actual

–Bonitas palabras– dijo él.

Pero como el genealogista acaso tenía más blasones en el magín que garbanzos en el estómago, Ocáriz se apiadó y le dijo con benevolencia:

–Mientras yo esté en España le puedo ofrecer un trabajo más remunerador que buscar el tronco de mi familia con los reyes de Navarra. Acompáñeme a bancos y museos, a los mejores sastres y vermouth del mediodía y hasta algunas iglesias. Sígame buscando a mi mujer panoplias y armaduras en las casas de los anticuarios (ella padece de esa debilidad; yo prefiero las pistolas belgas y los revólveres “Colt” que usan los bandidos americanos en las películas del Oeste), y a mí pueden entretenerme también algunos cuadros de caballos, de caballos velazqueños, andaluces caballos de ébano como los que se encabritan con tanta majestad en el cuadro de “Las lanzas”.

Su mujer –que sin conocer a Oscar Wilde– prefería todo lo artificiosos a lo espontáneo y natural, repetía el consabido estribillo:

–Juan Manuel, eres incorregible.

Y un poco su vida con Amelia fue firmar los cheques para el modisto, para pagarle las operaciones plásticas (cuando ella se sintió envejecer), para las mil trivialidades y fórmulas en que satisfacía su mediocre espiritillo de figurante. Hasta el hijo que nació de ambos se crió como ovillado y mimado gato de Angora, recibiendo su pensión cada mes; inútil, ornamental e indefenso. ¿Dónde fueron a parar en la descendencia, los leones rampantes de los Ribeiro de Melo y los lobos de sinople y águilas de gules, de los Ocáriz?

Ahora que ella estaba muerta y parecía seguir mirándole, dominándole a su manera, desde el retrato, la recordaba con extraña mezcla de melancolía y resentimiento. De melancolía, porque al fin y al cabo durante más de treinta años fue su mujer y llegó muchas noches a su cuerpo sonrosado con muchos afeites, muchos perfumes, muchos melindres, como el cazador a su pierna de jabalí sazónada de especias. Quizá era un poco fría porque todo parecía realizarlo con añosos ritos y ceremonias desde tomar los cubiertos en la mesa hasta entregarse al goce sexual. Se decía religiosa pero su idea de Dios era la de un caballero cómplice de la familia Ribeiro de Melo que les concede todas las superficialidades que éstos le piden: respeta las divisiones de clases y le otorga mucha suerte en el juego. Ningún sentimiento moral que superase las fórmulas de figuración y de éxito despertó jamás en ella, y con tal de hacer el acostumbrado viaje a Europa, dar fiestas y destacarse en el “cogollo” aristocrático, jamás inquiriría si el dinero dilapidado vendría de la traición, de la usura o del crimen.

Cuando murió su hijo dejando de la última amante a Ivelisa recién nacida, estuvo vacilando en adoptarla y traerla a la casa por la ilegitimidad de la criatura.

—Nunca en la blasonada casa de los Ribeiro de Melo había entrado un hijo natural.

—Te olvidas que yo lo fui y que tenemos dinero suficiente para legitimar toda bastardía. ¿Y quién en esta Venezuela siempre violada en guerras civiles y aventuras crueles de toda índole, puede afirmar que no tiene “rabo de paja”? ¡Cuántas veces en la vida amodorrada de las haciendas de la Colonia, una de tus orondas Ribeiro de Melo, habrá desceñido su pomposo guardainfante para entregarse a las caricias de algún joven esclavo de ébano! Y por ello en las familias aristocráticas aparece de pronto la sombra acusadora o burlona del “salto atrás”.

—¡Qué lengua tienes, Juan Manuel! Nunca supiste respetar la sociedad.

—Quiero enseñarte solamente a comprender la vida. Tenemos que perdonar muchas cosas para que nos perdonen a nosotros.

Evocándola ahora a tantos años, quería perdonarla con ternura. Después del viaje a España, pasaron una larga temporada en los Estados Unidos. Había una transición política en Venezuela; se cambió de gobernante, se pedían nuevos hombres y su malicioso cálculo —mientras las cosas se aclaraban— parecía aconsejarle que pusiese un poco de distancia estratégica. Los mayordomos de la finca, el apoderado judicial, los agentes de inmuebles, enviarían sus liquidaciones cada mes en verdes y jugosos cheques contra The National City Bank, y pudieran esperar igualmente en Célebes o en la China, que las turbulentas circunstancias políticas del país encontraran un equilibrio. Si triunfaba la oposición alegraría que estuvo ausente por desconformidad con el gobierno anterior, o si éste se afirmaba diría que se alejó para demostrar que no creaba dificultades a los bien intencionados mandatarios. Era la táctica zigzagueante, ofensiva y defensiva, a la vez, que era preciso emplear en tan peligroso y voluble país como Venezuela.

Si fuera por mí, me seguiría exponiendo. Nunca me ha importado mayormente el pellejo o la seguridad. Pero ahora represento intereses de otros negocios, compañías anónimas, acciones. Y a medida que uno se hace más rico se siente también más amarrado.

Pero Amelia se aburría en la puritana casita de Long Island donde fueron a vivir. Le hacían falta las recepciones de Caracas: las panoplias del salón, los cocktails de cada día, el rebaño de sumisos criados que le sirven. Le molestaba el idioma inglés y nadie sabía en New York quiénes eran y qué representan los Ribeiro de Melo. En su defecto viviría en París o en la Costa Azul, adonde afluye siempre una turbia crema

cosmopolita de falsos condes rusos o balcánicos, de otoñales marquesas italianas, de extravagantes millonarios latinoamericanos. Cada tarde puede tomarse el té con un título de nobleza distinto. ¡Que un varón y un marqués, besara su mano constelada de detonantes anillos! ¡Qué diferencia de estilos y maneras con los atropellados modales yanquis! Pero el negocio de unas regalías petroleras y la mayor proximidad a Venezuela, detenían a Ocariz en New York. Y acaso de aburrída, de no poder imponer a su cuerpo ya tan cansado un nueva operación plástica, Amelia empezó a enfermar gravemente. Ya se rendía cada mañana cuando al poner su disco de gimnasia en francés, brazos y piernas se negaban a seguir los movimientos:

—¡Ecartez les bras!

—¡En arriére! ¡En avant!

Sabiéndola desahuciada, Ocariz emprendió con ella el viaje de retorno a Venezuela en uno de los vapores de la Grace Line. Como volvían en el mismo barco otras familias de millonarios venezolanos, ella hizo sus últimos paseos por Madison y Park Avenue para adquirir las joyas y los vestidos más costosos. Llevaba pieles, trajes y sombreros como si fuese a vivir otros sesenta años. Y durante la navegación, aunque pasara todo del día postrada, la levantaba en la tarde una enfermera para lucir las más escandalosas joyas a la hora del cocktail. Entre otras mujeres, también pomposas y pintarrajeadas, tomaba su áspero Martín —con gusto a madera seca— como si fuese indeclinable rito social.

—¿Amelia, no temes que te haga daño?

Mas ella —una Ribeiro de Melo— no daría a las otras mujeres el menor indicio de su postración física. Fingía una inventada euforia como si persona de tanto linaje no tuviera el derecho de enfermarse y morir. Apenas alcanzó a ver, con los ojos ya fugándosele, la casa del Country Club con su escudo a la puerta. Se tendió en la cama para agonizar. Y dijo la ironía caraqueña que la última cosa que asieron sus manos más que el colonial crucifijo de marfil de la familia, fue el lápiz de labios para darse el postrer colorete. Entraría al Cielo o al Purgatorio con la misma frivolidad solemne que a los casinos de la Costa Azul. Preguntaría cuáles eran entre los santos y los pecadores barbados las gentes más distinguidas. Caudillos, políticos y banqueros acudirían a saludarla y a inquirir por la salud del General Ocariz.

Cuando cumpliendo su deber, él la depositó en la caja mortuoria y se le humedecieron los ojos no sólo por la muerte de Amelia, sino por la frustración de la propia vida, recordaba ciertos versos, duramente veraces, de un poeta mexicano:

Tantos años de vivir juntos  
y sin conocernos los dos  
como un par de difuntos  
siempre en el mismo cajón  
esperando, esperando siempre  
el clarín de Dios.

Como si quisiera polemizar con Amelia, vencer el complejo que le quiso crear, se puso a repetir mentalmente la bufonezca historia de los calzoncillos de su padre. Tal vez porque la quería un poco, le hubiera agradado escuchar de nuevos sus imprecaciones y escandalizadas palabras. Pero mientras recibía casi mecánicamente los abrazos de pésame, otra parte de su ser también decía: ¡Ahora ya estoy libre! Quizá ya es demasiado tarde.

Recuerda —como si estuviera muy afectado— que optó por encerrarse unas horas en su habitación y pedir al sirviente Fortunato, que le trajera una botella de brandy.

Fragmento de novela. Publicado en *El Nacional*, Caracas 20-01-1965.